

que se reflejaba mi fría imagen!... La historia de vuestra vida, prosiguió ella, cambiando el sexo y las circunstancias, es la historia de mi propia vida. Hay más sino que la vuestra principia y la mía termina.

Yo la impedía concluir.—¡No, no! exclamé con una sorda voz pegando mis labios á sus pies y rodeándolos convulsivamente con mis brazos, como para tenerla sobre la tierra: ¡no, no: no concluye, no concluye, concluye para dos!...» Temblé por el miedo que había hecho y por el grito que involuntariamente se me había escapado, y no me atreví á levantar mi rostro de la tierra de donde ella se había retirado sus pies.—«Levantáos, me dijo con voz suave, pero sin cólera; no adoréis un polvo mil veces más polvo que el que ensucia vuestros hermosos rostros, y que desaparecerá ligero é impalpable como un soplo de otoño. No forméis un juicio equivocado acerca de la pobre criatura que tenéis delante de vos, pues no es más que la sombra de la juventud, la sombra de la belleza, la sombra del amor que os seduce. Debéis quizá sentir é inspirar algún día, cuando la sombra haga mucho tiempo que haya desaparecido. Guardad vuestro corazón para las que deben vivir, no me deis más que lo que se dá á los moribundos: una mano dulce para sostenerlos en el último momento de la vida, y una lágrima para llorarlos...»

## XXX

El tono grave, reflexivo y resignado con que pronunció estas palabras, me hizo templar hasta el fondo de mi corazón. Sin embargo, al levantar los ojos hacia ella, al ver los tintos matizados de la luna poniente que iluminaban aquel rostro, en donde brillaban la juventud de las facciones y la serenidad de la expresión resplandecían cada vez más, como si se hubiera levantado un nuevo sol en aquel corazón, no pude creer que la muerte estuviese oculta bajo aquellos brillantes síntomas de vida. Por otra parte, ¿qué importaba? ¿Si aquella angelical aparición de

la muerte. enhorabuena; la muerte era lo que yo necesitaba. Quizá en eso mismo existía el amor intenso y completo de que me sentía sediento: quizá yo no me mostraba un resplandor próximo á extinguirse sobre la tierra, sino para hacérmelo seguir, guiado por ese rayo hasta la tumba y hasta el cielo.

—«No soñéis así, me dijo, y escuchadme.» Pronunció estas palabras, no con el acento de una amante que da un tono serio á sus palabras, sino con la expresión de una madre joven todavía ó de una hermana de más edad y reflexión que tratan de persuadir á un hermano ó á un hijo:—«No quiero que os dejéis llevar de una vana apariencia, de una ilusión, de un sueño: quiero que sepáis á quién engañáis tan temerariamente un corazón que yo no podría retener sino engañándole. La mentira la he conocido siempre por tan odiosa, que ni aún querría la suprema felicidad del cielo, si fuera preciso engañar al cielo para conseguirla. La felicidad adquirida de este modo, no sería para mí felicidad, sino redimimiento.»

Yo sentía, hablando así, un candor tan grave en sus palabras, tal sinceridad en su acento, y tal limpidez en sus ojos, que creí ver á la verdad inmortal sentada en aquella forma pura, en presencia del sol, abriendo su voz al oído, su mirada á los ojos, su alma al corazón. Recostéme á sus pies, á orillas del haz de la luna, con la cabeza apoyada sobre mi mano derecha, todo en tierra, y mis ojos fijos en sus labios, de modo que no quería perder ni una reflexión, ni un momento, ni un suspiro.

## XXXI

—«Yo he nacido, continuó, más allá de los mares, en el país de Virginia, pues la imaginación del poeta ha hecho una patria en su ensueño en una de las islas del trópico. Debéis conocerlo en el color de



mis cabellos, en mi cutis, más descolorido que las mujeres de Europa, y en mi acento, que he podido desterrar de mis labios. Me gusta, var ese acento, porque es el único recuerdo traído del cielo de mi infancia, y me trae a memoria no sé qué de lastimero que canta en el mar, durante las horas calurosas debajo de cocoteros. Debéis conocerlo, especialmente esa indolencia incorregible de mis maneras y de dar, que nada tiene de la vivacidad de las frutas y que revela en el alma de las criollas un abatimiento y un carácter algo salvaje, incapaz de fingir nada absolutamente.

»El nombre de mi familia es \*\*\*, y Julia. Mi madre pereció en el naufragio de una casa que huía de Santo Domingo, cuando la asesinaron de los blancos. Arrojaronme las olas en la playa, en donde fui hallada y criada por una familia que me entregó á mi padre algunos años después. Mi padre, despojado de sus bienes, proscrito y enfermo, me llevó á Francia á la edad de seis años, y una hermana de más edad que yo, y murió poco tiempo de su regreso, en Bretaña, en la casa de unos pobres parientes que nos habían recogido allí una educación adoptiva, hasta la muerte de aquella segunda madre que el destierro me dio. A los doce años se encargó el gobierno de mi suerte, como huérfana de un criollo que había prestado servicios á la patria, y fui educada en todo el esplendor del lujo y en todas las comodidades de aquellas casas suntuosas, en el Estado recoge á las hijas de los ciudadanos por la patria. Crecí allí en edad, en talentos y en bienes, según decían, en eso que ellos llamaban belleza. Gracia triste y grave, que más que la flor de una planta de los trópicos, crece por algunos días bajo un cielo extranjero, quisiera que fuese, esa belleza y esos talentos que sonjeaban á ningunos ojos ni á ningún cariño del recinto en que me hallaba encerrada. Mis compañeras, con quienes había anudado esas am-

de infancia, que llegan á formar como un parentesco del corazón, se marchaban una tras otra para volver a casa de sus madres. Jamás una madre me llamaba, ningún pariente venía á visitarme: ningún joven me hablaba de mí en el mundo ni me pedía en matrimonio. Teníanme triste esas partidas sucesivas de todas mis amigas, ese abandono del mundo entero, esa viudez eterna del corazón antes de haber amado. Lloraba con frecuencia en secreto, y reconvenía anteriormente a la negra por no haberme dejado seguir en las olas de mi primera patria, menos en las olas que las del mundo de que había sido lanzada.

»Un hombre célebre, y ya de edad, venía de vez en cuando á visitar en nombre del emperador, la casa nacional, é informarse de los progresos que las ciencias hacían en las artes, y enseñadas por los primeros profesores de la capital. Presentábanme siempre á él como el modelo más completo de la educación dada á aquellas huérfanas, y aquel caballero me trataba desde mi infancia con una predilección particular. ¡Cuánto siento, decía algunas veces con voz bastante alta para que yo lo oyese, no tener un hijo!

»Un día me llamaron al salón de la superiora, en donde hallé al ilustre anciano que me estaba esperando. Parecía tan turbado como lo estaba yo misma. Señorita, me dijo al fin; los años corren para los negros, largos para vos, cortos para mí. Tenéis en la actualidad diecisiete años, y dentro de algunos meses llegaréis á la edad en que esta casa debe entregaros al mundo; pero el mundo no tiene casa en donde recibirlos, y os halláis sin patria, sin casa propia, sin bienes y sin parientes en Francia. La tierra en que nacistes está ocupada por los negros. Esta absoluta carencia de independendencia y de protección, que tiene inquieto hace muchos años respecto de vuestra suerte. La vida que una joven se gana con su trabajo, es una vida llena de asechanzas y de amarguras. Mis compañeros, aceptados en casa de las amigas, son prefierecidos y humillantes para la dignidad del alma. La



extraña belleza de que la naturaleza os ha dotado es un resplandor que hace traición á la obscuridad de la suerte, y atrae al vicio como el brillo de la incita al hurto. ¿En dónde pensáis guareceros contra esas tristezas y esos peligros de la vida?—Lloro, contesté; y hace algún tiempo que solo Dios ó en la muerte es donde veo quien pueda salvarme de mi destino.—¡Oh!, replicó el anciano con una sonrisa triste é indecisa; todavía habria un medio de salvación, en el cual he pensado; pero apenas me atrevo á proponeros.—Hablad, caballeros, le dije: vuestra mirada y acento han sido siempre tan paternales para mí, que creeré obedeceros como padre obedeciéndoos.—¡Un padre!, exclamé: feliz mil veces el que tuviera una hija como vos. Perdonad si algunas veces me he atrevido á compararme á un semejante sueño. Escuchadme, añadió con un grave y más tierna, y respondedme con toda la verdad y toda la reflexión de vuestro corazón.

«Estoy en los últimos años de mi vida, y no tengo de tardar en abrirse para mí el sepulcro: no quiero dejar á quienes dejar mi única herencia, la fama, esta reputación de mi nombre, y los pocos años que mi trabajo me ha procurado. He vivido hasta ahora, embebido únicamente en esos placeres que han gastado é ilustrado mi existencia. Llegó el término de mi vida, y conozco con dolor que principiado á vivir, puesto que no he pensado en amar. Es ya demasiado tarde para volverme á emprender el camino de la felicidad, en vez de la gloria que por desgracia elegí; y sin embargo quisiera morir sin haber dejado en una memoria después de mí esa prolongación de nuestra existencia en la existencia de otro, á que se da el nombre de sentimiento, única inmortalidad que nos queda. Ese sentimiento no puede ser otro que un reconocimiento, y conozco que de quien obtenerlo es de vos. Pero para eso, añadió con timidez todavía, sería preciso que tuvieseis el honor de aceptar á los ojos del mundo, y para el momento solamente, el nombre, la mano y el cariño de

quien sería solo un padre con el título de esposo que no pediría á ese título, otra cosa que el derecho de recibirnos en su casa y amaros como á su propia hija.

»Al decir esto, calló y se retiró, sin querer oír por aquel día mi respuesta, que la tenía ya en los labios. Era aquel el único hombre que entre los que visitaban la casa habia manifestado hacia mi un sentimiento distinto de esa admiración frívola y casi ineficiente que se revela por medio de miradas y exclamaciones, y que es tanto una ofensa como un homenaje á la inocencia y á la timidez. No conocía el amor: no sentia en mí más que el vacío de todo cariño de familia, y me parecia cosa muy dulce hallarlo al lado de un padre, cuyo corazón me habia adoptado con tanta generosidad. Encontraba un asilo honroso y seguro contra la incertidumbre de la existencia en que me iba á ver lanzada dentro de algunos meses; un hombre que daría cierto prestigio á la mujer á quien iba á servir de diadema; unos cabellos encanecidos, pero encanecidos bajo la llama, que rejuvenece todos los días á sus favoritos; unos años que casi quintuplicaban el número de los años; pero unas facciones puras y majestuosas, que respiraban el respeto del tiempo sin los disgustos de la vejez; un rostro, en fin, en que el genio y la bondad, estas dos bellezas de la edad, atraían hasta las miradas y el cariño de las inocentes criaturas.

El día en que debía salir para siempre del colegio de las huérfanas, entré en casa de mi marido, no como mujer, sino como hija suya. El mundo me llamaba esposa; pero él no quiso nunca que yo le diese otro nombre que el de padre, y obtuvo de mí todo el respeto, toda la piedad y todas las atenciones posibles. Hizo de mí el centro radiante y adulado de una sociedad numerosa y escogida, compuesta de la corte de esos ancianos célebres en las letras, en la filosofía y en la política, que habían sido el brillo del último siglo y habían logrado escapar al hacha de la revolución y á la esclavitud voluntaria del imperio.



Eligióme amigas y consejeras entre las mujeres lebres de aquella época por su mérito y por sus lentos. Animóme él mismo á estrechar esos vínculos de corazón ó de entendimiento propios para darme y dar variedad á mi vida monótona en la casa de un anciano. Lejos de mostrarse severo ó celoso de las relaciones, buscaba con complaciente cuidado á los hombres notables cuya sociedad podía tener algún atractivo para mí. Se habría tenido por dichoso si yo hubiese preferido á alguno entre todos ellos; su preferencia habría seguido á la mía inmediatamente. Veíame hecha el ídolo y el culto de aquella casa, y quizá esa idolatría general de que era el objeto fué lo que me salvó de todo sentimiento de prelección. Era yo demasiado feliz y demasiado orgullosa para sentir mi propio corazón, y luego me parecía una paternidad tiernísima en las relaciones de mi marido conmigo, aunque su ternura se limitaba sólo á estrecharme algunas veces contra su pecho y besarme en la frente apartando con la mano los cabellos. Hubiera yo temido quitar algo á mi felicidad tocando á ella, aun cuando fuese para compartirla; y sin embargo, mi marido solía reconvenirme á veces chanceándose por mi indiferencia, y me decía que cuanto más dichosa fuese yo, más lo sería al ver mi felicidad.

»Una sola vez creí amar y ser amada. Un hombre de reputación ilustre por el genio, poderoso por el alto favor de que gozaba con el jefe del gobierno, seductor por la gloria que le rodeaba y por su presencia, bien que hubiese ya pasado la edad madura, pareció aficionarse á mí con un fuego que me encendió á mí misma. Sentíame embriagada, no de alcohol, sino de reconocimiento y admiración. A lo largo de algún tiempo, ó más bien amé la ilusión que me hacía yo misma bajo su nombre, é iba á ceder al sentimiento, que me pareció una ternura apasionada del alma, y no era en él más que un delirio de los sentimientos. Su amor se me hizo odioso así que conocí la naturaleza de él; me avergoncé de mi error; me recogí en mí misma, permaneciendo

aun en la monotomía de mi fría felicidad. Dedicábame por las mañanas á estudios serios y lecturas agradables en la biblioteca de mi marido, quien me complacía en servir de discípula; la tarde paseos solitarios en los grandes bosques de Saint-Cloud ó de Meudon en compañía de él, y por la noche un corto número de amigos, la mayor parte graves y ya de edad, hablaban de todo con esa libertad que infunde la confianza. Todos aquellos coloquios fríos, pero indulgentes, parecían arrastrar hacia mi juventud por aquella pendiente que se volver á bajar el sentimiento del corazón de los ancianos como el agua de las cimas cubiertas de nieve. Ahí tenéis toda mi vida; juventud anegada en aquella nieve de cabellos blancos, atmósfera aplazada con estos hálitos de ancianos, que si bien se conservaba concluyó por hacerme caer en languidez. Había demasiados años entre aquellas almas y la mía. ¡Oh! ¡Cuánto habría dado por tener un amigo ó una amiga de mi edad para dar algún calor á mi contacto á mis pensamientos que se congelaban en mí como el rocío de la mañana sobre una montaña próxima á los hielos de aquellas montañas! Mi marido me miraba muchas veces con tristeza, me parecía alarmarse de la languidez de mi voz y de la palidez de mis facciones. Habría querido á toda fuerza infiltrar aire á mi alma y movimiento en mi corazón, y no cesaba de convidarme á todas las diversiones agradables propias para arrancarme de mi melancolía. Me confiaba á las mujeres de su sociedad, y me obligaba tiernamente á que me presentara en las fiestas, en los bailes y en los teatros. El brillo de mi juventud y de mi figura podía darme á mí misma la alegría y el orgullo de la embriaguez que me parecía en torno mío. Al día siguiente entraba en mi habitación cuando yo despertaba. Me hacía referencia la impresión que yo había producido, las miradas que había atraído, hasta los corazones que parecían que yo había conmovido.—Y vos, ¿no sentís que me decía con un tono de dulce interrogación, ¿todo lo que inspiráis alrededor vuestro? ¿Vuestro



corazón de veinte años ha nacido viejo como designación que tenía casi el acento de la alegría; yo ¡Oh! ¡Cómo deseo veros preferir entre todos dejar la tierra y sin haber entrevisto á este heradoradores un sér de una naturaleza superano tan deseado! Este hermano del alma, á quien completara un día con un puro amor vuestra i instinto enfermizo me había hecho soñar en vano dad, y que después de mi muerte continuara hasta este día, y cuya imagen, anticipada por mi nura rejuveneciéndola á vuestro lado! — Mea!, me había desencantado de antemano de todos amistad me basta, le respondía yo: yo no sus seres reales! ¡Si, dijo acabando, y cubriéndose los no deseo nada; yo soy feliz.— Si, contestaba él con sus largos dedos sonrosados, á través de los envejecéis á los veinte años! ¡Oh! ¡pensad quales vi filtrarse una ó dos lágrimas; sí, el sueño de que cerrarme los ojos! ¡Animáos, amad, vivid las mis noches se ha encarnado en vuestro rostro, trance, para que yo no tenga que sobrevivir esta mañana cuando desperté!... ¡Oh! ¡Si no fuera cía venir médico sobre médico: todos, demasiado tarde para vivir todavía! ¡Ah! ¡Yo querría haberme fatigado con preguntas, convinieron vir ahora siglos, para prolongar el sentimiento de cir que yo estaba amenazada de espasmos en esta mirada que lloraba sobre mí, de estas manos zón. Los primeros síntomas de esta afección cruzadas que oraban por mí, de esta alma que tenía bían revelado. Necesitaba, decían, un fuerte edad de mí, y de esta voz, añadió descubriendo de miento en mi vida, un large cambio en mis mente sus ojos levantados al cielo; de esta voz que sedentarios, un cambio completo de aire y que ha llamado su hermanal... ¡Y que no me quitará para dar á mi naturaleza oriental, pero re este dulce nombre, prosiguió ella con una mira bajo estas brumas de París, la expansión y la y un acento de tierna ansiedad, ni durante mi gia que necesitaba para revivir. Mi marido nada ni después de mi muerte!»...

en sacrificar á la esperanza de conservarme la de tenerme siempre á su lado. No pudiendo, edad y sus funciones acompañarme, me confi familia extranjera, que llevaba dos hijas cas edad á Italia y á Suiza. Dos años he viajado c familia, he visto estas montañas y estos mar me han recordado lo de mi infancia; he res estos aires templados y fuertes de las olas hielos; nada ha podido volverme esa juventud en mi corazón, aunque en mi fisonomía sba ñan algunas veces todavía mis propios ojos Saboya. Levantámonos para seguirles; ella y yo médicos de Ginebra me han enviado aquí p minábamos con paso vacilante como en la embria ma tentativa de su arte; me han prescrito que z. ¡Oh! ¡Quién podría decir lo que experimenté longue aquí mi residencia hasta que haya u sentir el peso de su cuerpo flexible, pero agobiado de sol en este cielo de otoño, después del cu ar los padecimientos, apoyado deliciosamente so reunirme á mi marido. ¡Ay! ¡Hubiera que te mí como si ella se hubiese complacido involun tanto volverle su hija restablecida, joven, br tamente en sentir y hacerme sentir á mí mismo de porvenir! ¡Pero lo conozco, no volveré m te yo sería en lo sucesivo la única fuerza de su para entristecer sus últimos días, y quizá par guidez, la única confianza de su debilidad, el en sus brazos! ¡Me es igual, continuó ella c alco punto de apoyo de sus vacilaciones en la tie-

## XXXII

Dejó caer mi cabeza inundada de felicidad á sus es, y mi boca se pegó á ellos sin poder articular palabra. Oí las palabras de los bateleros que veían á decirnos que el lago estaba sereno y que queda el tiempo preciso de día para volver á la orilla Saboya. Levantámonos para seguirles; ella y yo minábamos con paso vacilante como en la embria z. ¡Oh! ¡Quién podría decir lo que experimenté sentir el peso de su cuerpo flexible, pero agobiado ar los padecimientos, apoyado deliciosamente so te mí como si ella se hubiese complacido involun tamente en sentir y hacerme sentir á mí mismo te yo sería en lo sucesivo la única fuerza de su guidez, la única confianza de su debilidad, el alco punto de apoyo de sus vacilaciones en la tie-



rral ¡Todavía oigo, después de pasados veinte años desde aquel momento, el ruido de las hojas que crujían al estrujarse bajo nuestros pies; veía todavía á nuestras dos largas sombras confundidas en una sola, que el sol poniente proyectaba hacia el agua, que se reflejaba sobre el verde césped, como un movimiento diario que seguía á la juventud y al amor para recordarnoslos antes de tiempo! ¡Todavía siento la dulce presión de calor de su hombro contra mi corazón, el rozar en uno de los rizos de sus cabellos que el viento del lago empujaba hacia mi rostro, y que mis labios se esforzaban en retener para tener tiempo de besarlo! ¡Oh tiempo! ¡Cuántas eternidades de vida del alma sepultas en un minuto semejante! ¡Cuánto bien, cuán impotente eres para hacer olvidar!

## XXXIII

La tarde era tan tranquila y templada como la mañana, y tan rascosa y graciosa había sido el día antes de la lluvia. Las montañas flotaban en un ligero mar de color violeta que las agrandaba y alejaba hacia el horizonte, hasta desaparecer: no podía decirse si eran montañas, si eran grandes sombras movibles y cristalinas que se reflejaban en el agua, o si eran montañas de Italia. El azul celeste estaba sembrado de pequeñas nubes purpúreas, semejantes á las plumas de las gaviotas que se desprenden del ala de un ave cuando se desmenuza por las águilas. El viento había cesado con el día.

Las olas prolongadas y anacaradas no arrojan espuma, sino que una ligera cinta de espuma al pie de las cascadas donde pendían las hojas mojadas de los árboles. Las pequeñas humaredas de las cabañas de las montañas, dispersadas sobre los costados del monte Chat, subían por uno y otro lado, y escalaban las montañas para elevarse, mientras que las cascadas precipitaban en los barrancos como vapores de agua. Las olas del lago eran tan transparentes que, al

arnos fuera de la barca, veíamos la sombra de los árboles y nuestros rostros que nos miraban; y estaban templadas, que al mojar en ellas las puntas de los dedos para sentir el murmullo que hacían al surtir nuestras manos, no sentíamos más que las vibraciones del ligero y voluptuoso estremecimiento del agua. Una pequeña cortina, como en las góndolas de Venecia, nos separaba de los barqueros. Estaba recostada sobre uno de los bancos de la barca, que me servía de cama, con el codo apoyado sobre la borda, el cuerpo resguardado con chales de la tarde, mi capa plegada en muchos pliegues alrededor de sus pies; el rostro, ora en la sombra, ora iluminado y deslumbrado por los últimos reflejos sonrosados del sol, suspendido en la cima de los abetos negros de la gran Cartuja. Me hallaba yo reclinado sobre un montón de redes extendidas en el fondo de la barca, con el corazón henchido, la boca muda, y los ojos fijos en los suyos. ¿Qué necesidad teníamos de hablarnos, cuando el viento de la noche, las montañas, el aire, las aguas, los árboles, el balanceo voluptuoso de la barca, la espumosa del surco que nos seguía murmurando, nuestras palabras, nuestro silencio, nuestras respiraciones, nuestras almas suspendas al unísono hablaban tan fuertemente por nosotros? Más bien parecía que temíamos instintivamente que el menor ruido de palabras viniese á alterar la armonía y el silencio de semejante silencio. Creíamos deslizarnos desde el azul del lago al azul del cielo sin ver las riendas que acabábamos de dejar, ni aquellas á que nos dirigíamos.

## XXXIV

Una de sus respiraciones más fuerte y más prominente que las demás deslizarse lentamente de sus labios, como si su pecho oprimido por un peso, hubiese devuelto en un solo hálito toda la aspiración



de una larga vida. Yo me quedé turbado. — ¿Esta felicidad que el alma de un sér viviente puede le dije con tristeza. — No, dijo ella, no ha salir del alma, de los ojos, de la voz de otro sér pesar sino un pensamiento. — Pues en qué se le asemeja, que le faltaba y que se completa de esa manera? repliqué. — Pensaba, me reconocí. Al lado de esa felicidad sin límites, en que Dios paralizase en este instante toda esa aspiración mútua de los pensamientos, de los raleza; si ese sol permaneciese así con sus destellos por los sentimientos, del alma por el dio oculto detrás de esos abetos que se asemeja, que los confunde en una existencia sola é inpestañas del párpado del cielo; si esa luz y es visible, y que los hace tan inseparables como el bra permaneciesen así confundidas é indecisas de ese sol que se pone y el rayo de esa luna que atmósfera; ese lago en la misma limpidez; esa arena cuando se encuentran en el mismo cielo fera en la misma agradable temperatura; esa montaña remontarse confundidos en ese mismo éter, orillas eternamente á la misma distancia de la otra felicidad, grosera imagen de aquella, tan ca; ese mismo rayo de luz etérea sobre vuestro frente de la unión inmaterial y eterna de nuestras te; esa misma mirada de vuestra compasión hacia las, como distante está el polvo de esas estrellas y ojos; esta misma posesión de alegría en mi minuto de la eternidad? No lo sé, ni quiero sa-comprendería al fin lo que he llegado á comprenderlo, ¡ay! ni puedo saberlo nunca; añadió con un desde que pienso y que sueño. — ¿En qué momento de desdeñosa tristeza, cuyo sentido enigmá-pregunté con ansiedad. — La eternidad, dijo, no comprendí al pronto. Pero, continuó con su clinándose sobre el borde de la barquilla, como andono de postura, de acento y de confianza, que mirar el agua, «la eternidad en un minuto y me precian entregarla toda á mí: ¿qué me importan nito en una sensación». Tuve la torpeza de decir palabras?... ¡Os amo! La naturaleza entera lo di-tar con una de esas trivialidades de vulgar gesticpor mí, si yo no lo dijese, ó más bien, dejadme ría que parecieron neciamente en mis labios de lo diga en voz alta la primera; dejadme que lo de los castos é inefables sentimientos de que se a por los dos; ¡nos amamos!

llaba inundado mi corazón. Era el sentido que Oh, decidlo: decidlo otra vez, repetido mil ve-me bastaría semejante felicidad si no era la que me exclamé levantándome como un insensato y re-y el gusto anticipado de otra felicidad. Comienzo riendo á largos pasos la barca que resonaba y zo-dióme demasiado bien, y se sonrojó más por me raba bajo mis pies. ¡Digámoslo ambos á dos; di-por ella misma. Volvióse con el rostro impreso noslo á Dios y á los hombres, al cielo y á la tie- por la emoción de una santidad profanada, y me ¡Digámoslo á los elementos mudos y sordos! Di- acento tan tierno, pero más penetrante y so noslo eternamente, y que toda la naturaleza lo re- que había oído hasta entonces en sus labios. a con nosotros... Cai de rodillas delante de ella re los tablones de la barca, con las manos juntas re habéis hecho mucho mal, me dijo en voz baja re rostro cubierto por mis cabellos—«Serenaos me caos más, y escuchadme. No sé lo que siento o poniendo su dedo sobre mis labios, y dejad que vos y lo que parecís sentir hacia mí es eso de cluya de hablaros sin interrumpirme. Volvime á llama amor en el idioma pobre y confuso del mar en donde las mismas palabras sirven para ex- tar y callé.

en donde las mismas palabras sirven para ex- cosas que no se asemejan más que en el sonido producen en los labios del hombre: no quiet- berlo; y vos ¡oh! yo os conjuro á ello, ¡no lo jamás! Pero si sé que es la suprema y la más

de una larga vida. Yo me quedé turbado. — ¿Esta felicidad que el alma de un sér viviente puede le dije con tristeza. — No, dijo ella, no ha salir del alma, de los ojos, de la voz de otro sér pesar sino un pensamiento. — Pues en qué se le asemeja, que le faltaba y que se completa de esa manera? repliqué. — Pensaba, me reconocí. Al lado de esa felicidad sin límites, en que Dios paralizase en este instante toda esa aspiración mútua de los pensamientos, de los raleza; si ese sol permaneciese así con sus destellos por los sentimientos, del alma por el dio oculto detrás de esos abetos que se asemeja, que los confunde en una existencia sola é inpestañas del párpado del cielo; si esa luz y es visible, y que los hace tan inseparables como el bra permaneciesen así confundidas é indecisas de ese sol que se pone y el rayo de esa luna que atmósfera; ese lago en la misma limpidez; esa arena cuando se encuentran en el mismo cielo fera en la misma agradable temperatura; esa montaña remontarse confundidos en ese mismo éter, orillas eternamente á la misma distancia de la otra felicidad, grosera imagen de aquella, tan ca; ese mismo rayo de luz etérea sobre vuestro frente de la unión inmaterial y eterna de nuestras te; esa misma mirada de vuestra compasión hacia las, como distante está el polvo de esas estrellas y ojos; esta misma posesión de alegría en mi minuto de la eternidad? No lo sé, ni quiero sa-comprendería al fin lo que he llegado á comprenderlo, ¡ay! ni puedo saberlo nunca; añadió con un desde que pienso y que sueño. — ¿En qué momento de desdeñosa tristeza, cuyo sentido enigmá-pregunté con ansiedad. — La eternidad, dijo, no comprendí al pronto. Pero, continuó con su clinándose sobre el borde de la barquilla, como andono de postura, de acento y de confianza, que mirar el agua, «la eternidad en un minuto y me precian entregarla toda á mí: ¿qué me importan nito en una sensación». Tuve la torpeza de decir palabras?... ¡Os amo! La naturaleza entera lo di-tar con una de esas trivialidades de vulgar gesticpor mí, si yo no lo dijese, ó más bien, dejadme ría que parecieron neciamente en mis labios de lo diga en voz alta la primera; dejadme que lo de los castos é inefables sentimientos de que se a por los dos; ¡nos amamos!

llaba inundado mi corazón. Era el sentido que Oh, decidlo: decidlo otra vez, repetido mil ve-me bastaría semejante felicidad si no era la que me exclamé levantándome como un insensato y re-y el gusto anticipado de otra felicidad. Comienzo riendo á largos pasos la barca que resonaba y zo-dióme demasiado bien, y se sonrojó más por me raba bajo mis pies. ¡Digámoslo ambos á dos; di-por ella misma. Volvióse con el rostro impreso noslo á Dios y á los hombres, al cielo y á la tie- por la emoción de una santidad profanada, y me ¡Digámoslo á los elementos mudos y sordos! Di- acento tan tierno, pero más penetrante y so noslo eternamente, y que toda la naturaleza lo re- que había oído hasta entonces en sus labios. a con nosotros... Cai de rodillas delante de ella re los tablones de la barca, con las manos juntas re rostro cubierto por mis cabellos—«Serenaos me caos más, y escuchadme. No sé lo que siento o poniendo su dedo sobre mis labios, y dejad que vos y lo que parecís sentir hacia mí es eso de cluya de hablaros sin interrumpirme. Volvime á llama amor en el idioma pobre y confuso del mar en donde las mismas palabras sirven para ex- tar y callé.

en donde las mismas palabras sirven para ex- cosas que no se asemejan más que en el sonido producen en los labios del hombre: no quiet- berlo; y vos ¡oh! yo os conjuro á ello, ¡no lo jamás! Pero si sé que es la suprema y la más



## XXXV

«Ya os lo he dicho, replicó ella, ó más bien he dicho, sino que os lo he gritado desde lo alto de mi alma al reconocer: os amo, y amo con ardor, con todas las ilusiones, con todas las esperanzas de una vida estéril de veinte y ocho años pasada en mirar sin ver y buscar sin hallar. Pero su naturaleza le había revelado por un momento de que erais vos el misterio! Pero yo no soy un desconocido y amado demasiado tarde, si como el amor el amor como el resto de los hombres lo complace, y como parecíais comprenderlo vos mismo me he arrebata- do en esa frase profana y ligera que me habíais arrebata- do al propio tiempo la vida, y que Escuchadme aún, prosiguió, y comprended que yo soy vuestra, me entrego á vos, y os pertenezco. Yo no he sido una sombra y quizá os encontraré á mí misma, eso lo puedo decir sin privar de nada. Pero yo soy adoptivo, que no ha querido ver nunca más que una hija. Nada hay que me impida teneros, y solo retengo de mí lo que me mandais que guarde. No os admito un lenguaje que no es de las mujeres de Europa. Yo amo, ha sido hecho en mi corazón antes de que yo me acordara de pedirmelo.»

## XXXVI

«Aquella resignación pareció colmarle de felicidad y doblar el encantador abandono de su ternura. La noche ocultaba con sus sombras el lago, en el silencio de la naturaleza adormecía la tierra. Los vientos, los árboles, las olas, dejaban oír en nosotros las fugitivas impresiones del sentimiento ó del pensamiento que hablan en voz baja en los corazones dichosos. Los barqueros dejaban oír de vez en cuando esos cánticos halagüeños y monótonos

revelaciones. Ninguno de esos tres oráculos de mi alma me impedirían ser vuestra; mi alma toda entera se precipitaría en vuestros brazos, si sólo pudiese ser feliz á ese precio. ¿No creemos mejor en la eternidad de nuestro amor, cuando permanezca elevado á la altura de un pensamiento puro, en las regiones inaccesibles al cambio de la muerte, que si descendiese á la abyecta naturaleza de las sensaciones vulgares degradándose y profanándose? Además, continuó, después de un momento de silencio y ruborizándose como una mejilla próxima al fuego; que si en un momento de indecisión y de delirio exigieseis esa prueba de mi fe y de mi dignidad, sabed que ese sacrificio, no sólo sería el de mi dignidad, sino también el de mi existencia, y como parecíais comprenderlo vos mismo me he arrebata- do en esa frase profana y ligera que me habíais arrebata- do al propio tiempo la vida, y que Escuchadme aún, prosiguió, y comprended que yo soy vuestra, me entrego á vos, y os pertenezco. Yo no he sido una sombra y quizá os encontraré á mí misma, eso lo puedo decir sin privar de nada. Pero yo soy adoptivo, que no ha querido ver nunca más que una hija. Nada hay que me impida teneros, y solo retengo de mí lo que me mandais que guarde. No os admito un lenguaje que no es de las mujeres de Europa. Yo amo, ha sido hecho en mi corazón antes de que yo me acordara de pedirmelo.»



que se asemejan á las ondulaciones acompaña-  
 las olas sobre las playas. Aquello me hizo per-  
 su voz, que resonaba continuamente en mi o-  
 «¡Ah! ¡si marcáseis para mí esta noche deliciosa  
 algunos acentos arrojados á esas olas y á esas  
 bras para que quedasen eternamente llena de  
 le dije. Hice señal á los barqueros de que callen  
 ensordeciesen el ruido de sus remos, de los que  
 las gotas como un acompañamiento musical  
 queñas notas argentinas sobre el agua. Cantó  
 aquella balada escocesa, marítima y pastoril  
 en que una joven, de quien su amante, pobre  
 nero, se había separado para ir á buscar fortu-  
 las Indias, cuenta que sus padres, cansados de  
 rar el regreso del joven, la habían obligado á  
 con un anciano, á cuyo lado sería dichosa, si  
 sara en el que fué su primer amor. Dicha  
 principia así:

Quand les moutons sont dans la bergerie  
 Que le sommeil aux humains est si doux  
 Je songe hélas! aux chagrins de ma vie  
 Et près de moi dort mon bon vieil époux.

—  
 Cuando los corderos están en el redil  
 y es el sueño tan dulce á los humanos;  
 yo pienso ¡ay! en los pesares de mi vida  
 y cerca de mí duerme  
 mi buen viejo y esposo.

Tras de cuatro estrofas hay un largo estro-  
 cantado en notas vagas y sin palabras, que  
 alma en olas de tristeza infinita, y hace sub-  
 ojos las lágrimas de la voz; luego vuelve á com-  
 la narración en la estrofa siguiente, con el  
 sordo y lejano de un recuerdo que lamenta lo  
 do, sufre y se resigna. Si las estrofas griegas  
 son el fuego mismo del amor, aquellas nota-  
 cesas sobre las lágrimas mismas de la vida y  
 gre de un corazón herido de muerte por el  
 ¡No sé quién escribió aquella música; pero sea  
 sea, bendito mil veces por haber hallado en  
 pocas notas ese infinito de la tristeza huma-

nido melodioso de una voz! Desde aquel día no  
 ha sido posible oír los primeros compases de  
 ella canción sin huir como un hombre persegui-  
 por una sombra; y cuando siento en mí la nece-  
 dad de abrir mi corazón por una lágrima, me can-  
 dientemente á mí mismo aquel aire lastimero,  
 me siento próximo á llorar... ¡Yo que nunca

## XXXVII

estamos en el pequeño muelle de *Pertuis* que se  
 anta en el lago, y en donde se amarran los bar-  
 es aquel el puerto de Aix, que está situado á  
 dia legua de la ciudad. Era más de media noche,  
 no había ya en el muelle carruajes ni asnos para  
 ducir á los viajeros á la ciudad. El camino era  
 nasiado largo para que una pobre mujer enferma  
 ciese á pié.... Después de haber llamado inútil-  
 mente á las puertas de dos ó tres cabañas inmedia-  
 al lago, propusieron los barqueros trasportar á  
 lama á Aix. Sacaron alegremente sus remos de  
 anillos que los sujetaban á la barca, los ataron  
 tos con las cuerdas de sus redes, colocaron enci-  
 de esas cuerdas una de las almohadas del barco,  
 armaron así una camilla flexible y flotante, sobre  
 dal hicieron acostar á la extranjera. Luego cua-  
 de entre ellos hicieron descansar cada cual so-  
 su hombro uno de los extremos de los remos, y  
 usieron en camino, sin imprimir al palanquín  
 movimiento que el de sus pasos. Quise dispu-  
 es el placer de llevar una parte de aquella dulce  
 sa; pero todos me rechazaron con obsequiosa so-  
 lud.  
 a yo al lado de la camilla, con mi mano dere-  
 en las manos de la enferma, á fin de que pudiera  
 arse y agarrarse á mí en los sacudimientos del  
 mo, y la impedía que se escurriese de la estre-  
 almohada en que estaba acostada. Caminamos



así en silencio, á la claridad de la luna llena en la larga arboleda de álamos. ¡Ay, cuán caro pareció esa arboleda, y cuánto deseaba que hubiera conducido así hasta el último paso de tras dos vidas! Ella no me hablaba, y yo no gaba mis labios; pero sentía todo el peso de un peso suspendido con confianza de mi brazo, y sus frías manos que rodeaban la mía; y de cuando una involuntaria presión, un hábito ardiente sobre mis dedos; me hacían como que había aproximado sus labios á mis manos calentarlas. ¡No; jamás silencios como aquellos tuvieron tan mudas expansiones! Habíamos vivido de un siglo de felicidad en una hora. Cuando fuimos á casa del anciano médico, y pusimos la enferma sobre el umbral de su cuarto, un murmullo se desplomó entre nosotros. Sentí mi cabeza empapada en lágrimas, y enjugándola con mis dedos y mis cabellos, fui á arrojar me vestido de mi lecho.

## XXXVIII

Aquella noche no pude dormir. Los mil instantes de aquellos dos días se reproducían en mí con fuerza y tal reacción de impresiones, que no podía creer que hubiesen terminado: volvía á ver todo lo que había visto y oído el día antes. La vida de mi alma se había comunicado á mis sentidos, y me levanté y volví á echarme veinte veces, sin poder hallar la tranquilidad. Renuncié al fin á la idea de engañar con la agitación de mis pensamientos. Abrí la puerta de mi cuarto, y traté de mirar los libros sin comprenderlos, dí pasos por mi cuarto, y quité y puse mi mesa y silla en diferentes puntos, para hallar un buen lugar para terminar la noche sentado ó de pie. Todo esto se hizo oír en la sala inmediata. Mis pasos de- turbar á la pobre enferma, que sin duda no

yo. Oí el ruido de unos pies ligeros que se acercaban á la puerta de encina, cerrada con dos cerrojos, y que separaba su cuarto del mío: pegué el oído al tabique, y oí una respiración contenida y el roce de un vestido de seda contra la pared. El resplandor de una luz, filtraba á través de las rendijas de la puerta y por debajo de las hojas hasta el suelo de mi cuarto. Era ella, que estaba allí con el rostro también á pocas líneas de mi frente, y podía sentir latir mi corazón.—«¿Estáis enfermo? me dijo por debajo una voz, que habría reconocido en un solo instante.—«No, respondí; pero soy demasiado feliz! El exceso de la felicidad es tan calenturiento como el exceso de la angustia. Esa fiebre es la de la vida: yo la temo ni la huyo, y velo para gozar de ella.—«Ven, me dijo, retiráos á dormir mientras que yo estaré á mi lado á quien toca ahora velar por vos.—«Pe-« vos misma, le dije por bajo, ¿por qué no dormís?—«Yo, me replicó, no quiero dormir más, para no perder un minuto del sentimiento de felicidad de que me hallo inundada. Tengo poco tiempo para gozar de mi alegría, y no quiero perder una sola hora de ella por el olvido en el sueño. He venido á estar aquí para oiros tal vez, y para sentirme cerca de vos.—«Oh! murmuré entre mis labios; ¿por qué tan separados todavía? ¿Por qué esta pared entre nosotros?—«Es esta puerta la que se interpone entre nosotros, y no nuestra voluntad y nuestro juramento, me dijo. Mirad; si vuestro paso se halla tan sólo por ese obstáculo material, podéis salir.—«Y oí que su mano recorría el cerrojo por el lado de mi cuarto.—«Sí, podéis ya hacerlo, continuó, si no tenéis en vos algo más fuerte que vuestro amor mismo.—«Yo dominé y subyugue vuestro arrebató; sí, podéis salvarlo; continuó con acento á la vez más apasionado y solemne; no quiero deber nada sino á vos.—«Yo hallaré en mí un amor igual al vuestro; ya os lo he dicho, ¡en ese amor encontraré también mi muerte!»—«El exceso de mi emoción, el impetuoso impulso de mi corazón hacia aquella voz, la violencia moral



que me rechazaba, me hicieron caer aniquilada la actitud de un hombre herido de muerte, sobre el umbral de aquella puerta cerrada, y oí que se sentaba al otro lado sobre el almohadón de terciopelo que arrojé en el suelo del aposento. Como una parte de la noche hablando en voz baja a través de las rendijas dejadas por la tosca obra de cerámica entre suelo y las hojas de la puerta. Palabras íntimas, desacostumbradas en la lengua ordinaria de los hombres, flotantes como los ensueños de la noche entre el cielo y la tierra, interrumpidas a veces por largas pausas, durante las cuales se hablaban corazones, tanto más, cuanto más se sentían las palabras para expresar conversaciones inabarcables. Al fin las pausas llegaron a ser más prolongadas, las voces más apagadas, y me dormí cansancio, con la mejilla pegada á la pared y los brazos juntos sobre mis rodillas.

## XXXIX

Al despertar, el sol se encontraba bastante bajo ya en el cielo, inundando mi cuarto con rayos luminosos. Los pitirrojitos de otoño saltaban y reían, gorjeando las vides y grosellas bajo la lluvia: toda la naturaleza parecía haberse despertado engalanado, iluminado y animado delante de mí para festejar el día de nuestro nacimiento y nuestra nueva vida. Todos los ruidos de la casa me parecían alegres como yo. No oía más que los ligeros pasos de la doncella, que iba y venía por el corredor a servir el desayuno á su ama; las voces infantiles de las muchachas de la montaña, que traían flores de las orillas de las lagunas; las patadas y campaneos de las mulas, que la aguardaban en el patio para conducirla al lago ó al bosque de los abetos. Cuando me lavé mis vestidos, manchados de polvo y cuando lavé mis ojos, ajados y enrojecidos por el insomnio, cuando peiné mis desordenados cabellos, me puse mis

zapatos de cuero del cazador de gamos de los Alpes, cogí mi escopeta, y bajé á la mesa común, en donde estaba desayunándose, el anciano médico con su familia y sus huéspedes.

## XL

Se habló en la mesa de la tempestad en el lago; del riesgo que había corrido la joven extranjera; de su desmayo en Haute-Combe; de su ausencia de tres días, y de la dicha que había tenido yo en encontrarla y traerla el día antes. Rogué al médico que quisiera á pedirle en mi nombre el deseo de informarme acerca de su salud va acompañarla en sus excursiones. Volvió el médico con ella, más hermosa, más seductora y más rejuvenecida por la felicidad que yo lo que se la había visto hasta entonces. Desembarraba á todo el mundo; á nadie miraba más que á mí, y yo sólo comprendía aquellas miradas y aquellas palabras de doble interpretación. Sus amigos la transportaron con exclamaciones de alegría sobre el sillón de estribo flotante que sirve de silla de montar á las mujeres de Saboya, y yo me senté á pie la mula de ruidosas campanillas que le conducía aquel día á los castillos más elevados de la montaña de la montaña.

Permanecimos allí el día entero casi sin hablar, pues tanto habíamos llegado ya á comprendernos sin necesidad de palabras, ocupados unas veces en contemplar el resplandeciente valle de Chambe que parecía abrirse y ensancharse más á medida que nos íbamos elevando, parándonos otras á orillas de las cascadas cuyo vapor matizado por el sol nos envolvía en ondulantes arco iris que nos parecían el arco sobrenatural y la aureola de nuestro amor; otras veces cogíamos las últimas flores de la tierra que crecían entre los prados en cuesta de los castillos, y las campaneábamos entre ambos como letras, inteligibles para nosotros solos, de aquel alfabeto embalsamado de la



naturaleza: otras veces recogíamos las castañas dadas al pie de los castaños, que mandábamos cocerlas por la noche al fuego de su hogar; otras nos sentábamos bajo los últimos castillos de las montañas, abandonados ya por sus habitantes; otras veces íbamos a bañarnos en los ríos, o íbamos a otros relegados por su fortuna á una de aquellas bañías desiertas, formada de algunos troncos de árboles, á la luz de las estrellas, al murmurar del viento en los abetos, el estremecimiento de los hielos y el caer de las nieves, pero separados de los hombres por la soledad y aspirando ellos mismos una vida llena que rebosaba un mismo sentimiento!

## XLI

A la caída de la tarde volvimos á paso lento y quedándonos tristemente como si hubiésemos perdido nuestros dominios y nuestra felicidad para siempre. Subió ella á su cuarto, y yo quedé para comer con la familia y los huéspedes. Después de comer, llamé como habíamos convenido, á la puerta de su cuarto. Recibiómelo como un amigo de la infancia á quien hubiera vuelto á llamar después de una larga ausencia. Así pasó sucesivo los días y las noches. Encontrábalame á menudo medio recostada sobre un canapé cubierto con lienzo blanco, en el rincón formado entre la chimenea y la ventana; en una mesita de madera colocada sobre la cual ardía una luz, había diferentes libros, cartas recibidas ó principiadas á escribir por mí, una caja de caoba con té que me dió al marqués y que desde entonces conservé siempre sobre la chimenea, y dos tazas de porcelana azul y roja de la China en las que tomábamos el té á menudo. El anciano médico subía ordinariamente conmigo para hablar con su joven enferma; pero después de media hora de conversación, conociendo que era un amable hombre que mi presencia contribuía á

consejos y sus baños al restablecimiento visible de la salud que tan preciosa era para todos, nos dedicábamos solos con nuestros libros y nuestras conversaciones. A media noche besaba yo su mano que me daba calor; ella se ergaba ella por encima de la mesa, y me retiraba á mi cuarto. Nunca me acostaba hasta que no oía ningún ruido en su habitación.

## XLII

Aún pasamos cinco largas y cortas semanas en aquella íntima y deliciosa vida: largas, si atiendo á las innumerables palpitaciones de felicidad que corrían en nuestros corazones; cortas, si pienso en la perceptible rapidez de los horas que las llenaban. Parecía que por un milagro de la Providencia, que se reproduce un año entre diez, la estación, cómicamente de nuestra felicidad, estaba de acuerdo con nosotros para prolongarla. Todo el mes de Octubre, y más de la mitad de Noviembre asemejábase á la primavera resucitada del invierno, y que no habíamos olvidado más que sus hojas en la tumba. Las tardes eran templadas, las aguas estaban azules, los abetos verdes, las nubes sonrosadas, los soles resplandecientes. Eran los días cortos; pero las largas tardes, que se acercaban más, haciéndonos más exclusivamente presentes uno á otro, é impidiendo que nuestras miradas y nuestras almas se evaporasen en el esplendor de la naturaleza exterior. Preferíamos esta época á los largos días del verano, porque nuestro esplendor estaba en nosotros mismos, y lo sentíamos mejor, confinándonos en nuestra morada durante las largas tinieblas de los crepúsculos y de las noches de Noviembre, al ruido que hacían al caer las ligeras ráfagas de escarcha ó de nieve sobre sus cristales, y á los gemidos del viento de otoño: aquel ruido humedecido parecía recogernos en nosotros mismos y gritarnos: — «Apresuraos á deci-



ros todo cuanto no se hayan dicho todavía, en donde todo vuelve á encontrarse, hasta el  
 tros corazones, y todo lo que haya de decirse, lo que se acaba de respirar, y el minuto que se  
 que el hombre y la mujer mueran, porque ya he perdido para siempre.  
 voz de los sepulcros que se acerca anunciando. Nunca, acaso desde la creación de aquellos lagos,  
 eterna separación.» aquellos torrentes y de aquellos granitos se ha-  
 en elevado hacia Dios himnos tan tiernos y ar-  
 entes desde aquellas montañas. Había en nuestras  
 mas bastante vida y amor para animar toda aque-  
 naturaleza, aguas, cielo, tierra, rocas y plantas.  
 tra hacerles exhalar suspiros, impulsos, efusiones,  
 ces, gritos, perfumes y llamas capaces de llenar el  
 tuario entero de una naturaleza más vasta y mu-  
 mas, todos los grupos, todos los desfiladeros, todavia que la que nos rodeaba. Aun cuando se  
 los valles escondidos, todas las grutas y toda biese creado un universo para nosotros solos, ha-  
 cascadas engastadas en las hendiduras de las rocas bastado ambos para llenarlo, vivificarlo y  
 de la Saboya. Vimos más sitios sublimes ó más que la voz, la palabra, la bendición y el amor eter-  
 sos, más soledades misteriosas, más desiertos, más que su fuerza de existir y de amar, al lado de una  
 tados, más casitas suspendidas entre las abismos, y bajo las miradas de Dios? ¡Oh amor!  
 las nubes, con sus cornisas salientes de las montañas adorada, en presencia de la naturaleza y del  
 ñas, más verjeles, más aguas espumosas sobre las cascadas de Dios? ¡Oh amor!  
 cascadas que descendían á la llanura, más que temen los malvados y cómo te proscri-  
 de abetos y castaños abriendo á las miradas sus ojos los perversos! Tú eres el gran sacerdote de este  
 ando; el revelador de la inmortalidad, el fuego del  
 ces bajo sus bóvedas, que los que se necesitan, y sin tu resplandor no sospecharía el hombre  
 para ocultar un mundo de amantes. Dejaban  
 existencia de Dios.

## XLIII

Juntos visitábamos sucintamente todas las cosas, cada uno de esos sitios uno de nuestros entusias-  
 todas las olas, todas las arenas del lago, todas las cascadas, una de nuestras bendiciones. Les rogábamos  
 todas las montañas, todos los grupos, todos los desfiladeros, una de nuestras bendiciones. Les rogábamos  
 mas, todos los grupos, todos los desfiladeros, todavia que la que nos rodeaba. Aun cuando se  
 los valles escondidos, todas las grutas y toda biese creado un universo para nosotros solos, ha-  
 cascadas engastadas en las hendiduras de las rocas bastado ambos para llenarlo, vivificarlo y  
 de la Saboya. Vimos más sitios sublimes ó más que la voz, la palabra, la bendición y el amor eter-  
 sos, más soledades misteriosas, más desiertos, más que su fuerza de existir y de amar, al lado de una  
 tados, más casitas suspendidas entre las abismos, y bajo las miradas de Dios? ¡Oh amor!  
 las nubes, con sus cornisas salientes de las montañas adorada, en presencia de la naturaleza y del  
 ñas, más verjeles, más aguas espumosas sobre las cascadas de Dios? ¡Oh amor!  
 cascadas que descendían á la llanura, más que temen los malvados y cómo te proscri-  
 de abetos y castaños abriendo á las miradas sus ojos los perversos! Tú eres el gran sacerdote de este  
 ando; el revelador de la inmortalidad, el fuego del  
 ces bajo sus bóvedas, que los que se necesitan, y sin tu resplandor no sospecharía el hombre  
 para ocultar un mundo de amantes. Dejaban  
 existencia de Dios.

## XLIV

Estas seis semanas fueron para mi un bautismo  
 fuego que trasfiguró mi alma, purificándola de  
 manchas con que hasta entonces se había afeado.  
 amor fué la antorcha que, abrasándome me hizo  
 cou su luz á la naturaleza, á este mundo, á mi  
 amo y al cielo. Comprendí la nada de este mundo,  
 ndo como desaparecía ante una sola chispa de la  
 dadera vida, y me avergoncé de mi propio mi-  
 ndome en lo pasado y comparándome con la pu-  
 do y perfección de la que amaba. Entré en el cielo  
 las almas, penetrando con ojos y corazón en



aquel mar de belleza, sensibilidad, pureza, me comparaba sin cesar involuntariamente con las lías y amor que se entreabría y más á cada momento con más mujeres que había entrevisto. Exceptuando á en los ojos, en la voz y en la conversación de la infancia, que se me representaba como la inocente bestial criatura que acababa de manifestarse en la presencia de Julia; exceptuando á mi madre, á quien ¡Cuántas veces me prosterné de rodillas ante ella! semejaba en su santidad y en su madurez, nicon la frente pegada á la yerba, en la actitud que una mujer podía tener á mis ojos el menor término sentimiento de la adoración! ¡Cuántas veces me comparaba. Una sola de sus miradas envolvía pliqué, como se suplica á un ser de otra naturaleza que me cubra todo el resto de mi vida. Sus converque me lavase en una de sus lágrimas, que me revelaban sublimidades, extensiones, que me ase en una de sus llamas, que me aspirase en sus cadenas, elegancias, divinidades de sentimiento de sus respiraciones para que no quedase de mí propio más que el agua purificadora con que yo me bañaba, en donde creía respirar por primera vez el hubiese lavado, el fuego celeste en que me había nacido de mis propios pensamientos. La ligereza, consumido, el nuevo soplo con que habría amargado el orgullo, la puerilidad, aridez, ironía ó amargura mi nuevo sér, á fin de que yo fuese ella, ó el alma que había en mí durante los malos años de y de que Dios mismo, al llamarnos á su presencia en la adolescencia, desaparecía de tal modo, que no no pudiese reconocer ni separar lo que un momento me reconocía ya á mi mismo. Al separarme de ella del amor había transformado y confundido. Yo creía bueno, me sentía puro, y volvía á hallar la si tenéis un hermano, un hijo ó un amigo que os enseñe la verdad, el entusiasmo, la oración, la piedad, inteca haya conocido la virtud, rogad al cielo que os envíe las lágrimas ardientes que no brotan de los haga amar de esa manera. Amando de esta suerte, sino que suben como un manantial oculto del mientras dure el amor, será capaz de todos los trabajos de nuestras arideces aparentes y lavan el coraficios, de todos los heroísmos para igualarse á los santos sin enervarlo. Hacia propósito de no bajar nunde su amor. Y cuando ya no ame, le quedará en el alma un recuerdo de aquellas alturas celestes, pero sin vértigos, siempre en el alma un celestial placer que le da su tiernas reconvencciones, su voz, su sola aborrecer las aguas del vicio, y una mirada que presencia tenían el don de elevarme. Era aquello cretamente en el manantial donde le fué permitida una segunda virginidad de mi alma que conbeber una vez!...

## XLV

¡Cuántos rubores sentía en presencia de ella! amaba! Eran, sin embargo, tan tiernas sus miradas, aunque tan penetrantes; sus sonrisas eran tan divinas; sus palabras eran tan dulces; sus perdones eran tan divinos; su alhumillarme ante ella nunca me sentía rebajado, sino ensalzado y enaltecido. Creía sentir que ella era de mi propia naturaleza en mi mismo la pura esencia que su luz reflejaba en mi sola presencia. Yo siempre del resto de la atmósfera el aire que á



mis ojos había divinizado respirándolo: habrído rido hasta marcar el vacío que iba dejando espacio para que ninguna criatura lo ocupara. ¡En una palabra, yo veía, sentía y adoraba toda al mismo Dios, á través de aquella divina mi amor!... Si durase la vida en semejante del alma, la naturaleza se paralizaría, la sangre ría de circular, el corazón se olvidaría de más bien no habría movimiento, ni flojedad, sancio, ni precipitación, ni muerte, ni vida en tros sentidos: no habría más que una petrifica viva y eterna de nuestro sér en otro sér. Ese debe asemejarse al estado del alma anonadada: vive en el seno de Dios.

## XLVI

¡Qué gozo! Los viles apetitos de la pasión se habían aniquilado (pues así ella lo había en la plena posesión del alma del uno por el otro. La felicidad me hacía, como acontece siempre, mejor y más piadoso de lo que nunca hubierais. Dios y ella se confundían tan completamente en el alma, que la adoración que le tenía era también una adoración del ser divino que la habitaba. Yo no era más que un himno, y en mí no había dos nombres, pues Dios era ella y ella Dios! Nuestras conversaciones durante el día no nos deteníamos á contemplar, respirar, y admirar las vertientes de las montañas á orillas de los ríos, ó en el tronco de algún castaño junto á las piedras bañadas del sol, se encaminaban con frecuencia al efecto del rebosamiento natural de dos almas hacia el abismo sin fondo de todos los pensamientos: esto es, hacia lo infinito y hacia la palabra que por sí sola llena lo infinito: Dios. Me sorprendí cuando pronunciaba esta última palabra con la entusiasta bendición del corazón que en mí contenía toda una revelación en un acento: sorprendí

la apartar ó bajar sus miradas y ocultar en los pliegues de sus hermosas cejas ó en la contracción de su boca distraída una pena ó una incredulidad que me parecía en contradicción con nuestros debates. Un día le pregunté tímidamente la causa. — Es que esa palabra me hace mal, me dijo. — ¿Y cómo, repliqué, la palabra que encierra el nombre de toda vida, de todo amor y de todo bien puede hacer mal á la más perfecta de sus obras? — ¡Ay! exclamó Julia con el acento de un alma desesperada; esa palabra contiene para mí la idea del sér que he deseado más ardientemente que yo fuese un sueño; y ese sér, añadió con voz sorda y débil, no es para mí ni para los sabios de este mundo he recibido lecciones sino una ilusión la más maravillosa, pero la más vacía, de nuestro pensamiento. — ¡Cómo, le dije; vuestros maestros no enseñan en un Dios! Pero vos que amáis, ¿podéis no enseñar en él? ¿Pues hay una palpitación de nuestros corazones que no sea una aclamación de lo infinito. — Oh se apresuró ella á replicar, no interpretéis de mi silencio la sabiduría de los hombres que me han quitado los velos de la filosofía, y han hecho brillar en mis ojos el brillante resplandor de la razón y de la ciencia, en vez de la luz fantástica y pálida con que las supersticiones humanas iluminan las voluntarias neblanas difundidas de intento alrededor de sus débiles divinidades. No es el Dios de vuestra madre el de mi nodriza en quien yo creo; ese no es el Dios de la naturaleza y de los sabios. Yo creo con fe en un sér, principio y causa, fuente, espacio y fin de todos los demás seres, ó más bien que no es un sér, sino la eternidad, la forma y la ley de todos esos seres visibles ó invisibles, inteligentes ó no inteligentes, animados ó inanimados, vivos ó muertos, de que se compone el único verdadero nombre de ese ser de los seres: ¡lo infinito! ¡Pero la idea de lo inconmensurable grandeza, de la fatalidad soberana, de la necesidad absoluta é inflexible de los seres, de ese ser que vosotros llamáis Dios y nosotros excluimos de nuestros pensamientos toda inteligen-



cia exacta, toda denominación justa, toda revelación razonable, toda manifestación personal, toda revelación, toda encarnación, toda relación entre ese sér y nosotros, y hasta el hombre mismo. ¿Es natural que la consecuencia de la oración al principio?... ¡Oh, qué cruel es esto, y cuantas bendiciones, oraciones y lágrimas derramado ya á sus pies después de haberme dolido...» Recobrándose luego algún tanto:—«¡Prendo, continuó, y os aflijo; pero perdonadme, es la primera de las virtudes, si es que hay una verdad? Sobre este solo punto no podremos tendernos nunca; de consiguiente, no habéis sido educado por una madre en el seno de una familia cristiana: vos habéis estado allí con la atmósfera las santas credulidades del hogar: os han conducido por la mano á los altares, os han mostrado imágenes, misterios, altares, han enseñado oraciones, diciéndoos: «Dios es quien os escucha y responde.» Lo creísteis, entonces no tenías edad para examinar. Luego habéis dejado á un lado esos juguetes de vuestra infancia para imaginar un Dios menos pueril y más afeminado que ese Dios de los tabernáculos. Pero siempre ha quedado en vuestros ojos el primer deslumbramiento: y el día en que os fuisteis imbuído, sin saberlo, en la falsa luz que os fascinaron al entrar en la vida, os quedaron esas debilidades de inteligencia: el misterio y la duda. No hay misterio ninguno, añadió con voz más alta y sólemne: ¡no hay más que la razón, que todo el misterio! El hombre mal intencionado y de mala fe es el que ha inventado el misterio. Dios es quien ha hecho la razón. Y no hay misterio, prosiguió más tristemente; porque de una ley que inmutable no hay que esperar que ceda, y en una ley que necesaria nada se puede cambiar. Los antiguos, por su ignorancia popular, bajo la cual ocultaban sus dudas, lo conocían muy bien, añadió, y por eso invocaban á todos los dioses de su invención; pero invocaban á la ley suprema; ¡el destino!»

«¡Oh Julia.—«Me parece, le dije, después de un largo silencio, que los maestros que os han enseñado esas sabidurías han subordinado demasiado en sus relaciones del hombre con Dios, el sér que habla al sér que piensa; en una palabra, que han dado del hombre el corazón, ese órgano de todo pensamiento, como la inteligencia es el órgano de todo pensamiento. Las representaciones que el hombre se ha hecho de Dios, pueden ser falsas y pueriles: pero sus deberes, que son su ley no escrita, tienen que ser á Dios verdaderos. De otro modo, la naturaleza ha sido mentido al crearla. Supongo que no creéis que la naturaleza mienta, añadí sonriéndome, vos que sois tan honesto. Ahora bien, cualquiera que sea el objeto que se haya propuesto al dar estos dos instintos, el misterio y la oración, al corazón del hombre; bien sea querido revelar por ese medio que él, Dios, es incomprendible, y que el misterio es su verdadero nombre, bien haya querido que todas las criaturas tributasen honor y bendición. y que la oración fuera el incienso universal de la naturaleza, siempre podremos que el hombre lleva en sí esos dos instintos cuando piensa en Dios: ¡El misterio y la oración! ¡El misterio!... proseguí; toca á la razón humana ensancharlo, aclararlo, más y más, sin llegar nunca á disipar nunca completamente, ¡La oración! es una necesidad que siente el corazón de derramar con ardiente la imploración útil ó inútil, oída ó no, como el perfume sobre los pasos de Dios. ¡Qué ese perfume caiga á los pies de Dios ó caiga en tierra no importa: siempre es un tributo de debilidad, de humildad y de adoración!... ¿Pero quien sabe si es necesario? añadí con el tono de una esperanza que en la voz del que habla triunfa de la misma duda; ¿quien sabe si la oración, esta comunicación misteriosa con la omnipotencia invisible, no es en efecto la mayor de las fuerzas sobrenaturales ó naturales del hombre? ¿Quien sabé si la voluntad suprema é invisible ha querido desde la eternidad inspirarla y hacerla en el que ora, y hacer así por la invoca-



